



EL BUITRE EGIPCIO.

El paralelo que los muniferos y las aves han sugerido á algunos naturalistas, tal vez no ha tenido jamás mejor fundamento que cuando se ha comparado á los buitres con el lobo, la hiena, ó el chacal, animales que, por

decirlo así, tienen el encargo de limpiar la tierra de inmundicias desembarazándola de cadáveres y restos corrompidos, que á no ser por ellos infeccionarían el aire con exhalaciones pestilentes. Sin embargo, el carácter

1. de Octubre de 1857.

del buitre no es tan feroz como el de los cuadrúpedos análogos á él. Estos acometen á los seres vivientes con una ansiosa sed de sangre, mientras que los buitres solo sacian su apetito en los despojos de animales muertos. Es una felicidad para ellos el que raras veces les falte su alimento en las comarcas en que abundan. Acuden á horadadas desde muy lejos á posarse sobre los cadáveres que quedan insepultos después de una batalla, y la muerte de un animal en medio del campo es ocasión de un gran banquete en que se reúnen innumerables convidados. Desde las elevadas regiones en que revolotean comiéndose con sus inmensas alas desplegadas, se precipitan sobre su presa, y por lo común se atracan hasta el extremo de no poder volver á levantarse de la tierra cuando quieren. Por lo demás, solamente cuando se ve ostigado por el hambre es cuando el buitre sale de su apatía para pensar en buscarse el alimento: remóntase entonces hasta perderse de vista, estirando sus alas sin agitarlas, se cierne describiendo estensos círculos, y explora la superficie de la tierra. Sucede muchas veces que está el cielo sereno enteramente y sin que en todo su espacio alcance á descubrir la vista ni señal de ave alguna, y sin embargo la misma es cazada muerta un animal ó dejar arrojados algún cazador los desperdicios de la comida de sus perros, que centenares de buitres bajan de las nubes como lluvia, y se colocan al rededor del festín.

Cuésitan es que no se ha resuelto todavía si es el gran alcance de la vista ó la mucha finura de su olfato la que así conduce á estas aves desde el punto mas elevado del firmamento ó desde una estremidad del horizonte hasta donde se halla su comida. Los antiguos escritores clásicos estan llenos de pasajes que atribuyen al buitre la vista mas sutil y penetrante; opinión á que da bastante fuerza el desarrollo observado en este animal en los órganos pertenecientes al sentido de la vista, por lo que Water-ton y otros la han adoptado, pero Audubon la tiene por errónea, sosteniendo de acuerdo con Levaillant que la extraordinaria viveza del olfato es la que hace al buitre descubrir su presa á tan larga distancia.

Oigamos á Buffon describir magníficamente la diferencia que hay entre los hábitos del buitre y los del águila y otras especies belicosas de las aves de rapiña: "Se ha dicho, dice, á las águilas el primer lugar entre las aves de rapiña, no porque sean mas fuertes y mayores que los buitres, sino porque son mas generosas, es decir, con menos baja crueldad: sus costumbres son mas arrogantes, sus acciones mas atrevidas, mas noble su valor, pues que á lo menos tienen tanta afición á la guerra como apetito de devorar su presa. Los buitres por el contrario no tienen mas instinto que el de la voracidad y villana glotonería, y apenas combaten á los vivos sino cuando no tienen muertos en que saciarse. El águila acomete á sus enemigos ó á sus víctimas cuerpo á cuerpo; sin auxilio de nadie los persigue, los combate y se apodera de ellos. Al contrario los buitres: á la menor sospecha de que pueden encontrar resistencia, se reúnen en cuadrilla como cobardes asesinos; mas que guerreros son saltadores, mas bien pájaros carnívoros que verdaderas aves de presa (1); porque solo ellas en este género son los que se juntan para dar muchos contra uno; solo ellos se encarnizan con los cadáveres llegando al extremo de destrozarse hasta los huesos; y las materias infectas, corrompidas, lejos de repugnarles tienen para ellas mucho atractivo. Los gavilanes, los halcones, y

hasta los pajarillos mas pequeños, muestran mas valor, porque van á cazar solos, los nidos de ellos se desdennan de comer la carne muerta, y rechazan de todo punto la que ya está corrompida."

Ese cuadro, como todos los que pinta Buffon, es de brillante colorido; la descripción que hace este elocuente escritor de las costumbres de los buitres y su comparación con las de las otras aves, tiene mucha verdad; pero seamos permitido atribuir únicamente al deseo de amenizar su estilo el prodigar tantos elogios á los unos y manifestar tal desprecio hacia los otros. Segun las miras de la naturaleza, todo está bien arreglado, y el buitre con sus hábitos repugnantes llena las funciones que se le han impuesto de purgar la tierra de cadáveres para evitar que corrompan el aire. Si el buitre fuese un pájaro guerrero como el águila, si como ella fuese un pájaro animal vivo, iría directamente contra el objeto de la naturaleza, pues que contribuiría á aumentar el número de los cuerpos muertos. Se le acusa de reunirse en cuadrilla para devorar su presa, sin echar de ver que esta es una propiedad muy útil porque de esa manera queda libre la tierra prontamente de los despojos de los animales que cubren su superficie. No nos dejemos, pues, estraviar por las apariencias y preocupaciones, y no ensalzemos tanto la supuesta magnanimidad del águila que no hace mas que obedecer ciegamente á su instinto, como el buitre obedece al suyo; pues que donde no hay parte moral ó inteligencia, no hay objeto tampoco de alabanza ni de vituperio.

La gran familia de los buitres se halla esparcida por todo el globo, pero abundan especialmente en los climas cálidos, es decir, donde son mas necesarios para desembarazar los campos, las poblaciones cortas y aun las ciudades, de las sustancias animales en que empieza la putrefacción. Bajo este respecto el Egipto le debe mucho al hermoso pájaro que nuestro grabado representa. Este buitre que es el mas pequeño de los del mundo antiguo, pertenece á una de las especies mas numerosas. Se le encuentra principalmente en Egipto y en los países mas cercanos á él de Europa, Asia y Africa; se le ha visto tambien en Italia y en Suiza, y una vez en 1825 vistaron uno en el condado de Saumerset en Inglaterra. Apenas hay viajero que no hable con aprecio de lo útiles que son estos buitres en Egipto, donde contribuyen con los perros vagamundos á purgar las calles de toda clase de inmundicias. No eran menos estimados sus servicios en la antigüedad que en los tiempos modernos, pues se les contaba en el número de los animales sagrados, y frecuentemente se les ve representados con esmero en los monumentos del antiguo Egipto, de donde les vino el nombre de *pollos de Faraon*. El buitre egipcio, compañero fiel de las caravanas á quienes acompaña de pueblo en pueblo, visitador asiduo de los mataderos, industrioso para descubrir los restos de los animales muertos, merece la atención de los hombres, á lo menos por su utilidad pública, y en efecto se aprecian sus servicios, si no adorándole como á otros animales en aquel país, á lo menos estimándole como á un bienhechor. En las cercanías de Gibraltar y todo el medio dia de la España se le encuentra todos los años en gran número y es probable que pase en Africa el invierno. Viagero hay que dice haber visto de estos buitres en las inmediaciones de Sevilla signiando los pasos del arado para comerse los gusanos que quedan descubiertos al revolver la tierra.

Las amplias y largas alas del buitre egipcio le dan una admirable fuerza para volar, y le permiten arrastrar el vuelo con extraordinaria ligereza. Sin embargo, cuando se ha atracado como de costumbre, le sucede lo que á los demás buitres que de puro pesado y entorpecido apenas

(1) Traducimos aquí á Buffon así literalmente, porque la denominación de *aves de rapiña*, propia de nuestro idioma, tiene mas analogía con el bajo concepto que el naturalista tenia formado de la índole del buitre, que con la nobleza y valor guerrero del águila.

puede levantarse de la tierra y en este estado es muy fácil el cogerle; pero no tan agradable como fácil porque exhala un hedor insoportable y por las narices destila un humor pestífero.

El tamaño de esta especie de huitra es un poco mayor que el de los cuervos y tiene cerca de seis pies de estremo á estremo de las alas. El plumaje cuando llega á completarse es de un blanco uniforme, á escepcion de las guías que son negras; la pechuga y los lados de la cabeza estan desnudos y dejan ver una piel de un amarillo lívido. Los ojos son negros. El plumaje no llega á este estado sino por cambios sucesivos, despues de haber sido oscuro, y haber tomado en cada muda tintas mas ó menos claras. Anida en parages elevados, en los huecos de las rocas, pero sus huevos no han sido descriptos todavía.

PANORAMA MATRITENSE.

LA ALMONEDA.

*« Venus, la Diosa de Chipre,
ya es nutrona generosa,
guafismo sabe su usig.
multiplica, ama y crea.»*
CÓRDOBA.

En la pintoresca galería de caracteres originales que se pasean por el mundo, merece una honorífica mención *D. Policarpo de la Transfiguración Omnibus de los Santos*, sujeto singular en quien parecen haberse reunido todas las circunstancias substanciales de los dos siglos pasado y presente, formando, por decirlo así, un verdadero mosaico de cualidades tan varias y heterogéneas que causarían la desesperación del químico que intentara analizarle.

Allá en sus juventudes fue estudiante, y metió mucho ruido en la universidad, no tanto con la brillantez de sus conclusiones, como con las cuerdas de su guitarra. Andando el tiempo vino á ordenarse de abate, cosa indispensable en aquel entonces para cortejar y bailar el holero; hasta que cansado de los estudios rebegó del latín y se hizo poeta. Luego vino la patria á requerir su espada, y combatió valerosamente en todas las acciones que se perdieron; y despues, no pudiendo acostumbrarse á la paz, se abrazó de nuevo con sus antiguos Bártulos, y guerreo en los tribunales con cañones de cisma y balas de papel sellado. Mas adelante aficionado á los viajes, se hizo comerciante, y quebró; y entonces echó coche para evitar que le persiguiesen los acreedores; por último, se metió á pretendiente, y fue mueble obligado de todas las antecámaras; y luego que consiguió, hizo que otros frecuentasen la suya. Y en todas estas andanzas fue tres veces casado, y otras tantas acertó á envindar, heredando por supuesto á sus respectivas consortes; y despues de serlo todo, llegó por fin á no ser nada, que es lo que hay que ser en este mundo; si es que nada sea el hallarse un hombre á los cincuenta de su edad con cara fresca, y humor alegre, y bolsa llena, y salud cumplida, y ninguna obligación mas que la de todo fiel cristiano.

Ya en fin que se vió dueño absoluto de su persona, de sus cuantiosas rentas y de sus veinte y cuatro horas

diarias, se consideró por el pronto en aquel estremo de felicidad á que siempre había aspirado. Pero muy luego empezó á fastidiarse de aquella inacción, y acostumbrado como lo estaba de toda su vida á una ocupación continua, á un agitado movimiento, llegó á mirar su reposo como una parálisis moral, como una muerte prematura. Su inclinación y su genio natural triunfaron al fin de su conveniencia, renunciando voluntariamente á este, y dando rienda suelta á aquellos, en términos que hoy día es el hombre mas ocupado que conozco, sin embargo de que nadie tenga derecho á ocuparle.

Porque él corre las calles desde que amanece Dios hasta las altas horas de la noche, y tan pronto se le vé disputando políticamente en un corrillo de la puerta del Sol, como pidiendo para los pobres del barrio á la puerta de una iglesia; ya sirviendo de testigo en un tribunal; ya defendiendo proyectos en una sociedad literaria; ora poniendo cataplasmas ó dando caldos á un enfermo, ora acompañando á unas señoras en un palco de la ópera. No hay boda desde la calle de S. Anton hasta la de Carretas, desde Aligidos á las Vistillas, en que él no sea el padrino, ó corra con los contratos, ó componga los versos, ó coma los dulces. Si es entierro, él por fuerza ha de ser el albacea, ó dirigir el inventario ó presidir el funeral; si bautizo, alquilará los coches, ó imprimirá las esuelas ó tendrá en la pila al recién nacido. Todos los ministros que se nombren han de ser por fuerza amigos suyos, y les habrá de felicitar, y les hará recomendaciones, y desde la casa del entrante ira á la del que cayó, y consolará á la Señora, y declamará con el Señor sobre la injusticia de los hombres. A nadie se puede prender que él no vaya á visitar en el calabozo; si hay junta de acreedores, él quedará nombrado síndico, si demanda de divorcio él será el juez árbitro entre ambos consortes, y si juicio de conciliación por fuerza una de las dos partes le ha de escoger por hombre bueno. Ni puede haber ruptura de amantes que él no componga, ni inudanza de habitación que él no dirija, ni cofradía en que él no sea mayordomo ó tesorero, ni carga concejil que no le euraje. ¿Se habla del fuego? sucedió cabalmente enfrente de su casa; ¿se cuenta un asesinato ó una quimera? allí precisamente estaba él. En el patio de las diligencias acude á recibir y despedir á todos los que entran y salen; en la Bolsa es el alma de todas las operaciones; en el Prado está al corriente de todas las intrigas amorosas; en la plaza de toros lleva cuenta de los puyazos y de los volapies; en la Alameda ó la Moncloa, dirige todas las comidas de campo; en los desafíos arregla el almuerzo; en el teatro es presidente nato de toda comision de aplausos; en las esposiciones de pinturas habla de *formas y coloridos*; en el mercado de caballos á todos los pone su pero; y en las partidas de caza dirige los ojos ó cuida de que los perros no se escapen.

Esta multiplicidad de aspectos, esta vitalidad asombrosa, unidas á su carácter determinado, á su ninguna aprension, á su edad respetable, y mas principalmente á la consideracion de su fortuna, han vinculado en él una autoridad tal que no hay cosa sobre que no se atreva á decidir *ex cátedra*; ni hay reunion que no someta fácilmente á sus opiniones. Si un abogado quiere acreditarse, si una prima donna va á hacer su salida al teatro, si un autor va á publicar una obra, bien pueden encomendarse á mi hombre si no quieren pasar incógnitos ó criticados, porque su opinion es la opinion normal de un sinnúmero de admiradores que si él dice: "¿Fulano, el médico? ¡valiente majadero! fue la causa de la muerte de un amigo mio!" todos repetirán en coro que el médico tal es un asesino; si él asegura que tal comedia es buena, todos se pasmarán aunque no la entiendan; si afirma que

tal ó cual noticia de síde de buena tinta, la harán pasar por mas de cuéca que si estuviese estampada en la Gaceta; y si le diese gana de decir que no lipeo es malo, huirse de la diligencia como pudieran buscarlo de un lacretero.

El cañón se reproduce en términos que es imposible dar un paso hacia atrás ó adelante sin encontrarle; y si toma uno el partido de estar en casa, allí le ha de ir á buscar, y non saliendo de Madrid á viajar, él es lo primero que nos hemos de hallar en la diligencia. Y es tan cierto esto que dias pasados habiendo subido á la torre de Santa Cruz, me pareció desde allí que le veía á un mismo tiempo en la calle de la Montera, y en el Prado, y en la plaza de Oriente, y en el Canal, y en la puerta de Toledo, y allí mismo en la torre conmigo, que me asediaba, y me perseguía como una aparición fantástica, inevitable, imposible, semejante á una obstinada pasadilla ó al ruido sempiterno y monótono de una cascada.

Entre los diversos placeres que (digan lo que quieran), proporciona esta pícaro-larsa que llamamos vida, uno de los mayores para mí es la lectura del Diario, operacion obligada que verifico constantemente entre siete y ocho de la mañana con mas escrupulosidad y sabor que un catador de vinos en los dignos de Londres ó en las bodegas afamadas de Jerez. Y si no fuera por los filosóficos *Mementos* de la Intendencia de rentas, que cuida de recordarnos á cada paso que nos hemos de convertir en cartas de pago ó billetes del tesoro, se pudiera decir muy bien que mi placer era insalvable y sin punta alguna de sinsabor. Perdonen los periódicos políticos; pero no puedo menos de decirles que segun mi opinion ninguno puede competir en *substancia* con aquel *substancioso* papel, y aun si me apuran no duraría en asegurar que los mas de los lectores darían de buena gana seis de los articulos que aquellos llaman *de fondo*, por cualquiera de los *de fonda* que amenizan al Diario los domingos.

Todo esto lo digo, no porque venga muy á cuento, sino por tomar ocasion de introducir el mio, y era para servir á VV. que aquella mañana (una mañana, la que VV. gusten) coninzando viento en popa por el Diario arriba, acerté á tropezar á su página tercera con el anuncio de una *almoneda*... y para mí el segundo placer de esta vida es una *almoneda*, es decir una casa, á donde sin disfrut de ninguna especie se dice «Aquí todo se reduce á maravillas.»

Verdad es que no teniendo que mudar de habitación, ni abrir tienda, ni recibir huésped, en rigor nada tenía que comprar; mas sin embargo, ¿quien resiste á la tentación de una *almoneda*? Un libro curioso, un mueble raro, una tela barata... ¿que no suele encontrarse allí? Yo por lo menos no soy dueño de dominar mi curiosidad y así que no dejo pasar una ocasion; de suerte que todos los prenderos y revendedores de libros viejos me conocen ya, porque ellos y yo somos los primeros que tomamos posesion de todas las *almonedas* de Madrid.

Y aquel dia tampoco me desicidé, sino que á las nueve en punto, hora marcada en el anuncio, ya estaba ya en la casa de la venta pugnando por adelantarme á preguntar precios y á apartar todos los objetos que me llataban la atención. Y era tal mi calor, que ilusionado con la rebaja de la tercera parte del precio (suso general en toda *almoneda*) no reparaba que aquellas mismos objetos los hallaría nuevos en cualquier tienda, aun con mayor equidad, y que ademas me salian doblemente caros supuesto que no me eran absolutamente necesarios. Yo en fin, que no sé de música, compré un piano porque me le dieron en un precio arreglado; sin tener caballo me hice por lo que yo creía poco dinero con unas ricas

guarniciones; compré cigarreros sin fumar; y vino de Arganda embotellado en frascos de *Lafitte*, y barriles de *madera* con vino de Chinchon; compré algunos tomos sueltos de varias obras, esperando la casualidad de encontrar en otra *almoneda* los que faltaban, y sin reparar que no me cabían en toda la casa, compré unos almanacs que ni los de la sacristía del Escorial.

De todos estos arrojios míos tuvo la culpa un mahllo prendero fuerte que siempre me acusaba con la siguiente interpelacion:—¿Caballero, lleva V. eso ó no?—con lo cual temiendo verme lo arrebatara de las manos parecía que me faltaba el tiempo para decir que sí.

Toda se me volvía ojear y cotejar los inventarios puestos sobre las mesas, y correr de la sala al gabinete, y de esta á la antesala, y probar anteojos, y mirar cuadros, y abrir y cerrar libros, y dar música á los relojes, y desplegar mapas, y alcanzar muebles, y agruparlos en un rincón, y tomar notas en mi cartera y... estando en esta afanosa ocupacion siento una palmadita en el hombro... alzo la cabeza... ¿y á quien dirán VV. que vi? pues era nada menos que al mismo D. Policarpo *Omñitas*, en persona... ¡Sí era preciso!... Allí estaba tambien él.

¿Que traes por aquí señor Curioso? (porque el amigo tiene tambien esta gracia que es de los que tutean á todo el mundo.)—No traigo sino llevo, Señor D. Policarpo—Veamos que—Y me sujetó á un escrupuloso examen de todas mis mercancías probándome hasta la evidencia que había dado por ellas el doble de su valor. No contento con esta inhumanidad me empezó á encajar la historia de aquella casa, y puesto que nada me interesaba, tuve que saber que la causa de la tal *almoneda* era el haber separado del empleo que tenía el amo de aquellos muebles, habiéndole dado otro en una provincia á virtud del trasiego general de funcionarios tan frecuente en estos tiempos.—Era muy amigo mio, añadió y á decirte la verdad del caso yo solo vengo aquí para averiguar una dudilla... y al decir esto todo se le volvió entreabrir las cortinillas de la alcoba y lanzar por entre los cristales algunas miradas indiscretas.

Entre tanto que él averiguaba su dudilla, la casa iba llenando de nuevos compradores, y D. Policarpo flechándose uno á uno sus lentes, se agarró de mi brazo y no hubo ya forma de verme libre de él...—A tus pies Marigueta—Ola, perillán, tu por aquí...?—Y tambien el condecito?... vaya, ya veo que estamos en tierra de amigos... (Como si hubiera alguna tierra incógnita para él)—Mira, curioso, tu que todo lo cuentas ¿ves aquella pareja exigua y acaramelada que todo lo tienta y nada compra, y se miran á todos los espejos, y el lleva la sombrilla, y ella la bolsa, y el la derecha y ella la izquierda? pues esos son Fulanito y Menganita, esposos de quince dias, que estan poniendo casa, y... advierte con que tierna solicitud el recién marido hace que ella se siente de vez en cuando sin duda para que no se malogre algun proyecto de paternidad; mira como repara en sus ojos esforzándose á leer en ellos algun antojo para luego satisfacerlo, de miedo que el macha-cho salga con una cornucopia en la frente ó un mapamundi en el embés... Vuelve la cabeza á estotro lado, y repara en ese viejo alto de los anteojos como ojos ese libro para que creamos que entiende el griego, pues ya habrás advertido que no mira mas que las láminas... observa aquel otro martirizando las telas y vestidos... ese es un sastre del teatro que las está convirtiendo ya en su imaginacion en galas de *Semiramis* y de *Tancredo*. ¿Ves aquella dama que ajusta unas espuelas de oro? pues su marido es gotoso de ambos pies. ¿No reparas aquel abogado que carga con la Novisima? pues ya hace seis

años que ejerce sin ulla. Pero dejemos esto y vamos á mi negocio.... ¿Quieres que veamos el cuarto? porque me parece muy bien para alquilarle para mí....—Y sin darme lugar á responder me arrastró por las piezas interiores hasta que llegando á un gabinetito cerrado miró por la ventana, y apartándose un poco me dijo al oído.—Aquí está mi dñdilla....—Dió dos golpecitos á la puerta....—¿Quién vá?...—Señora á los pies de V. ¿Da V. permiso para que veamos la habitacion?—No hay inconveniente.—Y se abrió la puerta y nos dejó ver un precioso retrete ocupado decorosamente por una matrona de treinta y dos, de figura heroica y magnifico continente.—¡Oh Fulanita! (esclamó al verla D. Policarpo) no me engañaba el corazón; ¿como? pues no ha acompañado V. á su esposo á su nuevo destino?—y me apretaba el brazo y como que se sonreía el maldito al reparar la imprevista turbacion que tal pregunta habia causado á la Señora—No señor....; hay tantas cosas que arreglar....! y luego los caminos estan tan malos para las damas....!—Y sobre todo si las damas son del talle de V. no estraño yo que acudieran al reclamo todos los saltadores de quince leguas á la redonda.—V. siempre de tan buen humor.—Y V. siempre de tan bella cara....

Á decir la verdad yo estaba un poco empachado observando mi inutilidad en aquella escena, y por miedo de que los otros dos interlocutores no cayesen tambien en ella, tomé el partido de salirme por los corredores á silvar á los canarios ó coger flores de las macetas; cuando de allí á pocos minutos sale mi D. Policarpo á buscarme, en un estado radiante de alegría.... Aquel hombre era otro enteramente.... antes todo lo miraba con desden, ahora todo lo compraba por su precio.—Y no te admires de esto (me decia) me quedo con el cuarto, me quedo con los muebles y en cuanto á la Señora.... porque has de saber que aunque la pregunté por su esposo, bien sabia yo que no lo era, porque hace años que le serví de padrino cuando se casó en Guatemala y....—Con que es decir que se queda V. con la dama tambien? ¿y dígame V., en esa adquisicion ha tenido V. presente la rebaja de la tercera parte de la tasa á estilo de almoneda?—Anda, socarron, me replicó D. Policarpo entre mohino y risueño.... Nada tengo que añadirte sino que vuelvas mañana por tus muebles, y yo me quedaré con los míos; en cuanto á los demas señores (añadió alzando la voz) escusan VV. de molestarse mas, porque todos los enseres de la casa los he comprado yo.

Volví en efecto al siguiente dia y me le encontré ya instalado en su nuevo estudio que era el mismo gabinete del dia anterior; como tiene confianza conmigo me hizo saber de todas las condiciones de aquel *traspaso*, y aun me añadió que para que la mistificacion fuese completa tenia ya solicitado el mismo empleo que dejó su antecesor, cosa que no le podia negar el Ministro por ser, como era de pensar, amigo suyo; por lo demas en la casa nada se habia mudado; si no era un retrato en el tocador de la señora y un original en su corazón.

El Curioso parlante.

POESIA.

EL SEPULCRO.

Abre, mansion postrimera
Del hombre, funesta tumba,

Los misteriosos arcanos
Que en tu lobreguez se ocultan.

Abre ese abismo de ciencia
Que en tu cavidad profunda
La mano del tiempo labra
Entre fetidez impura.

Revela el grandioso enigma
Que en vano los sábios buscan
En los seres que decoran
La bella faz de natura.

Con su castella volátil
Nuestras miradas ofusca
La vida, ilusion veloz
Que en la nada se sepulta.

¿Y qué deja en pos? Engaños,
Remordimientos y angustias;
Que los postreros instantes
Con parda tiniebla enlutan.

¡Feliz quien antes contempla
Sin temor, sin amargura,
La morada silenciosa
Que el ser en no ser transmuta!

¡Feliz quien sus documentos
Con pecho tranquilo escucha
Y en su recinto espantoso,
Solaz encuentra y holgura!

Y ¿quién se arredra al mirarla?
Quien siguió de la fortuna,
Sordo á la afliccion ajena,
Las guíves imposturas.

Quien en placeres se enega,
Mientras pérdida le arrulla,
Y le acaricia traidora
La voz de lisonja astuta.

Quien las naciones oprime
Con dominacion injusta,
Y en la sangre de los pueblos
Su execrable poder funda.

Quien el lenguaje potente
De la alma razon usurpa,
Y supersticion sangrienta,
Y falsa virtud anuncia.

Temblad perversos: en vano
Vuestra soberbia murmura;
Tiempo vendrá en que esa piedra
Por siempre os someta y cubra.

Ved cual mezcla inexorable
Dentro su caverna oscura,
Valor, impiedad, riqueza,
Maldad, inocencia, juntas.

Al guerrero sanguinoso,
Triunfante en acerba lucha,
Y á la cándida doncella,
Flor de gracia y hermosura.

La frente que el lauro adorna,
La mano que el cetro empuña,
Y el seno que palpitará
De deliciosa ternura.

Todo paró en vil ceniza,
Todo en corrupcion inmundada,
Que en fragmentos impalpables
Luego en las auras circulan.

Y á la atraccion poderosa
Que las esferas subyuga
Cediendo, con nuevas formas
En otros seres se mudan.

Así las leyes supremas
Del orden se perpetúan,
Y así del vasto universo

La magnífica estructura.
 Empero en rejion mas alta
 Que sobre el globo se encumbra,
 Otras leyes adorables
 Rigen las esencias puras.
 La puerta de esas regiones
 Incógnitas, es la tumba
 ; Dichoso quien sus secretos
 Con fe y humildad estudia!

J. J. de M.

FORMA DE LOS LIBROS ROMANOS.

Infinitas personas habrá que crean que esos libros de que hablan los escritores antiguos, esas obras de los pasados siglos formaban volúmenes dispuestos y encuadernados como los que usamos actualmente; y este error nos ha parecido conveniente desvanecer dando alguna noticia de la forma que tenían los libros entre los romanos.

Cuando un librero se encargaba en Roma de hacer un libro con los escritos de un autor, lo primero que hacia era proveerse de cierta cantidad de hojas del *papyrus*, ó lien de pergamino, de que usaban en vez de papel; despues las encolaba unas á continuación de otras de manera que formasen una larga tira ó banda, y despues de bien secas, quitaba con piedra pómez las asperezas y rebaba de la cola. Acabados estos preparativos, se dividia la tira aquella con líneas trazadas á distancias iguales para formar páginas muy semejantes á las de los libros modernos dejando márgenes por ambos lados, por arriba y por abajo; entonces era cuando los copiantes empezaban á escribir la obra en estas páginas; viviéndose de una esuítá cortada á la manera de las plumas que ahora usamos, y de una tinta que por lo regular se componia de goma y humo de pez. Escribíase sola por un lado de la tira ó cinta, de izquierda á derecha, como nosotros, y disponiendo las palabras y renglones de la misma manera que ahora usamos: así es que el tomo ó libro tenia el principio á la mano izquierda del lector, y la última página venia á caer por consecuencia á la mano derecha que era el otro extremo de la tira. Esta última página se pegaba muy bien por el margen de la derecha en un pedazo de madera redondeado en forma de cilindro y un poco mas largo que lo que la cinta ó hoja que componia todo el libro tenia de ancho, ó por mejor decir, de alto: este cilindro era la pieza mas principal, el alma del tomo, porque en él se iba arrollando todo horizontalmente hasta venir á parar al extremo de la izquierda donde se habia pegado tambien una cubierta de pergamino fuerte que era la que ajustaba y cerraba el libro, cosa muy semejante á lo que aun en el día suele hacerse con algunos mapas, estampas, &c. Esta cubierta de pergamino tenia ciertos cordoncillos que servian para sujetar el libro y que no se desarrollase; estaba ademas pintada por la parte exterior, donde en gruesa caracteres se leia el título de la obra; y la parte interior que precedia á la primera página escrita, se ligaba por lo comun con la dedicatoria, requisito indispensable de casi todas las obras romanas. Se ve, pues, que las tales libros eran mucho mas incómodos que los modernos, porque para haber de leer la postrera página era preciso desarrollarlo todo enteramente.

Tal era por lo jeneral la forma de los libros en la antigua Roma; pero luego entraba el mayor ó menor

esmero, el buen gusto, la riqueza, el primor de la ejecución, porque en muchos de aquellos volúmenes se veia brillar el lujo como sucede ahora en nuestras encuadernaciones. Se usaban tintas de varios colores; no era desconocido el arte de las viñetas que tanto se emplearon en la edad media para dar realce á las letras y hacer resaltar los títulos y finales de los capítulos; se cortaban y pulian con primor; y luego segun el gusto ó imaginación de los libreros era la mayor ó menor belleza de las cubiertas que solian estar pintadas de colores purpurinos, con los títulos en letras de oro, y los cordones con toda la elegancia que permitia el estado de las artes. Algunas veces era el cilindro de marfil todo ó de ébano, pero regularmente solo se empleaban en los remates de él, con adornos de plata y oro, y no era raro el redondear estos remates en forma de botón, y guarnecerlos de perlas ó piedras preciosas; últimamente se perfumaban aquellos rollos con esencia de cedro para que exhalsasen un olor agradable, y para preservarlos de los insectos.

Fácil es de comprender que siendo los libros de la forma que queda dicha, las bibliotecas antiguas debian estar dispuestas de muy diferente modo que las nuestras; y en efecto consistian en muchas series de cajoncillos bastante hondos para colocar aquellos rollos como en un estuche. Con estas noticias se hace tambien menos extraña la prodijosa fecundidad de algunos escritores antiguos, á quienes se atribuyen centenares y aun millares de volúmenes, pero es porque estos volúmenes apenas equivalian á la décima parte de los nuestros.

Ademas de estos tomos destinados á contener las producciones literarias, empleaban los romanos para sus cuentas domésticas y uso particular unos libritos bastante parecidos á nuestras carteras, y para sus apuntes unas tabletas de madera ó de marfil, con los bordes algo salientes, en que aplicaban una capa de cera alisada. Sobre esta cera escribian valiéndose de unos punzones ó instrumentos de cualquier materia dura, como hueso, hierro, cobre, oro, etc. agudos por una punta y aplastados por la otra; aquella les servia para trazar los caracteres y esta para borrarlos y volver á alisar la cera. De este instrumento llamado *stylus* viene nuestra palabra *estilo*, que por estension ha llegado á tener su actual significado.

LA FUERZA DE LA COSTUMBRE.

Sir Jorge Staunton dice que visitó á un hombre en la India que habia cometido un asesinato, el cual, con el objeto de salvar su vida, y lo que era de mas consecuencias para él, la de su familia, se sometió á la pena que le impusieron. Esta era, que habia de dormir por espacio de siete años en un tablado, sin colchon ni jergon, cuya superficie toda estaba cubierta de puntas de hierro como clavos, pero con la punta roma para que no penetrasen la carne. Sir Jorge le vió en el quinto año de su castigo, y la piel la tenia como la del Rinoceronte, pero mucho mas callosa; sin embargo; ya por entonces dormia bien en su *lecho de espinas* y aun manifestó, que á la conclusion del término de la sentencia, probablemente continuaria por eleccion un sistema, que la necesidad le habia obligado á adaptar.

L. G.



EL ARBOL DEL PAN.

Entre la variedad de árboles que ostenta la lozana vegetación de las islas Marianas (1), hay uno que por su extrañeza y cualidades recomendables y hasta ahora infructuosas, merece llamar la atención del naturalista, y ha sido efectivamente objeto de laboriosas investigaciones y causa de arriesgadas tentativas para aclimatarlo en Europa. Este es el árbol llamado *del pan*, nombre que debe á la forma, sabor y propiedades del fruto que produce, parecido en un todo á la útil preparacion de que hacemos nuestro principal alimento. No es pues de admirar que las personas instruidas que acompañaron al capitán Cook en sus viajes, volvieran á su país tan entusiasmadas con el árbol del pan, que no vacilaron en apellidarle "el vegetal mas útil de la tierra" añadiendo que no debian perdonarse gastos ni sacrificios para fomentar su cultivo. Con efecto, la idea de ver el pan, ese alimento tan nutritivo y esencial para el hombre, crecer espontáneamente como cualquier otro fruto, era bastan-

te seductora para causar una sensación vivísima, y lo que así se hace extraño es que los descubridores de aquellas islas no hayan hecho mención de este árbol extraordinario, especialmente cuando se sabe que los naturales hacen de él su principal alimento; á no ser que en la relación de sus viajes lo confundiesen con el coco (1) á pesar de la diferencia notable que hay entre ambas producciones. Lo cierto es que las primeras noticias que existen del árbol del pan las debemos al capitán de navío Dampier en 1688.

Este árbol que representa el grabado á la cabeza de este artículo, es del tamaño de una de nuestras encinas regulares. Su copa es ancha y muy poblada, las ramas gruesas, y la hoja de un verde oscuro. El fruto es redondo, del tamaño de una media libreta, y su corteza es en lo granujenta parecida á la de la naranja aunque mas áspera. Cuando está maduro el fruto es amarillo y tierno, y su sabor harinoso es muy grato al paladar. Los naturales de las islas Marianas lo usan como pan. Lo recojen

(1) Estas islas llamadas tambien de las *Ladrones* fueron descubiertas por el célebre navegante Fernando de Magallanes, natural de Oporto en 6 de marzo de 1521. Hállanse situadas no lejos de la costa oriental de Asia, entre los 12° 40' y 13° de latitud N., y los 149 de longitud E. por el meridiano de Madrid.

(1) Aquellos indios se alimentaban de cocos, ñames y algun arroz. Viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV, por don Martin Fernandez de Navarrete, tomo IV, pag. 53.

después de que ha adquirido todo su volumen pero antes de madurar y lo cuecen al horno, con lo cual la corteza se pone casi negra: raspan la parte exterior de ella, y queda una segunda corteza tierna y sabrosa: lo interior del fruto es también tierno y blanco como la miga del pan, y es toda sustancia pura sin mezcla de pepitas, hueso ni simiente. Para hacer más completa la analogía

de esta producción con el pan, es preciso comerlo en el día mismo en que se cuece, pues al siguiente se pone duro. Se da esta fruta durante ocho meses del año y su cultivo no es difícil, pues se reduce á descubrir una de las raíces y calzarla de tierra: al poco tiempo se presenta un retoño que puede transplantarse.



Un árbol tan útil y de tan fácil cultivo no podía menos de llamar la atención del público en general y con especialidad de los colonistas europeos que viven en regiones bastante cálidas para su aclimatación. Con efecto á mediados de noviembre de 1787 se equipó en Inglaterra un buque al mando del teniente de navío, después Almirante Bligh que había acompañado á Cook en su último viaje, con el objeto único de que pasase á Otahiti é hiciese provisión de estacas y retoños del árbol del pan debiendo trasportarlas en seguida á las islas de Santa Helena, S. Vicente y Jamaica. Llegó á Otahiti el día 25 de octubre del año siguiente, y no perdió un instante en poner en ejecución las instrucciones que llevaba. Cortó los vástagos que salían de las raíces laterales del árbol, y envolviéndolos en tierra fresca y húmeda, los colocó en tiestos que llevaba para este fin. Formó así una colección de 1015 estacas vivas, empleando en esta operación hasta el 3 de abril de 1789, y dió á la vela el día 4 despidiéndose de los naturales con quienes durante su residencia estuvo en buenas relaciones. Hasta aquí todo había sido próspero, pero pocos días después estalló á bordo una conspiración que hubo de costar la vida á Bligh, algunos de los simoníacos por un resto de

afecto ó respeto hacia su comandante le metieron en un escaife con algunos marineros que se mantuvieron fieles, y provistos solo de escasa vitualla, un cuadrante, una brújula y otros instrumentos de navegación los abandonaron á la merced de las olas. Al cabo de algunos días y no sin grandes sufrimientos arribaron á la isla de Timor, donde el gobernador de la colonia holandesa les facilitó toda clase de socorros.

No desmayó Bligh por este contratiempo sino que habiendo regresado á Inglaterra, emprendió un nuevo viaje á Otahiti en 5 de agosto de 1791. Esta segunda tentativa fue más afortunada que la primera pues consiguió traer y aclimatar en las islas de Jamaica y S. Vicente gran número de pies del árbol del pan. Sin embargo sea por la diferencia de temperatura ó por otras causas desconocidas aun, no se han conseguido las ventajas que parecía prometer la adquisición de este útil vegetal.

A. V.